

CAPITULO III.

En el que nuestro autor cuenta como se embarcó para Acapulco, su naufragio, el buen acogimiento que tuvo en una isla donde arribó, con otras cosillas curiosas.

¡Qué deliciosos son aquellos fantásticos jardines, en que solemos pasearnos á merced de nuestros deseos! ¡Qué cuentas tan alegres nos hacemos cuando las hacemos sin la huéspedá, esto es, cuando no prevenimos lo adverso que puede suceder ó lo más cierto, cuando no advertimos que la a'ta Providencia puede tener decretadas cosas muy distintas de las que nos imaginamos!

Tales fueron las que yo hice en Manila cuando me embarqué con mi ancheta para Acapulco. Once mil pesos empleados en barata, decia yo, realizados con estimacion en México, producirán veinte y ocho ò treinta mil: éstos, puestos en giro con el comercio de Veracruz, en un par de años se hacen cincuenta ò sesenta mil pesos. Con semejante principal, yo que no soy tonto ni muy feo ¡por qué no he de pensar en casarme con una muchacha que tenga por lo ménos otro tanto de

dote! Y con un capital tan razonable ¡por qué no he de buscar en otro par de años, ruivamente y libres de gastos, cuarenta ò cincuenta talegas! Con estas ¡por qué no he de poder lograr en Madrid un titulo de conde ò marqués! Seguramente con menos dinero sé que otros lo han conseguido. Muy bien; pero siendo conde ó marqués ya me será indecoroso el ser comerciante con tienda pública: me llamarán el marqués del Alepin, ò el conde de la Musolina; ¡y qué le hace! ¡Muchos no se han titulado y subido á tan altas cumbres por iguales escalones! Pero sin embargo, es menester buscar otro giro por donde subsistir, siquiera para que no me muerdan mucho los envidiosos maldicientes. ¡Y qué giro será este! El campo: sí, ¡cuál otro mas propio y honorífico para un marqués que el campo! Compraré un par de haciendas de las mejores: las surtiré de fieles é inteligente administradores, y contando por lo regular con la fertilidad de mi patria, levantaré unas cosechas abundantísimas, acopiaré muchos doblones, será un hombre visible en México, contaré con las mejores estimaciones, y mi mujer, que sin duda será muy bonita y muy graciosa, se llevará todas las atenciones, ¡y por que no se merecerá las de la vireina! Ya se ve que sí: la amará por su presencia, por su discrecion y porque yo fomentaré esta amistad con los obsequios que saben ablandar á los peñascos. Ya que esté de punto la vireina y sea íntima amiga de mi mujer, por qué no he de aprovechar su patrocinio! Me valdré de él: lograré la mayor estrechez con el virey, y conseguida, con muy poco dinero beneficiaré un

regimiento; seré coronel, y hé aquí de un día á otro á Periquillo con tres galones y un usía en el cuerpo, mas grande que una casa.

¡Parará en esto! No señor; las haciendas aumentarán sus productos: mis cofres reventarán en doblones, y entónces mi amigo y el virey, se retirará á España y yo me iré en su compañía. El por una parte bien quiato con el rey y por otra oprimido de mis favores hará por mí cuanto pueda en el ministerio de gracia y justicia en el departamento de Indias: yo no me descuidaré en grangear la voluntad del secretario de estado, y á pocos lances, á lo más dentro de dos años, consigo los despachos de virrey de Mexico. Esto es de cajón, y tan fácil de hacerse como lo digo, y entónces, . . . ¡Ah! ¡qué gozo ocupará mi corazón el día que tome posesion del vireinato de mi tierra!

¡Oh! y cuántas aduaciones no me harán todos mis conocidos! ¡Qué de parientes y amigos no me resultarán, y cómo no temerán mi indignacion todos los que me han visto con desprecio!

Fuera de esto, ¡qué dias tan alegres no me pasaré en el gobierno de aquel vasto y dilatado reino! ¡Qué de dinero no juntaré por todos los medios posibles, sean los que sean! ¡Qué diversiones no disfrutaré! ¡Qué multitud de aduladores no me rodeará canonizando mis vicios como si fueran las virtudes mas eminentes, aunque en el juicio de residencia no se vuelvan á acordar de mí, ó tal vez sean mis peores enemigos! Pero en fin, aquellos años cuando menos, los pasaré anegados en las delicias, y no descuidándome en

atesorar plata, con ella podré tapar las bocas de mis enemigos y comprar las de mis amigos, para que estos abonen mi conducta y aquellos callen mis defectos; y en este caso, he aquí un Periquillo, un hidalgo segun dicen, un hombre de mediana fortuna, y si se quiere, un pilla de primera, bonificado á la faz del rey y de los hombres buenos, por mas que sus iniquidades gritarian la venganza entre los particulares agraviados.

Así ni mas ni menos era mi modo de pensar en aquellos dias primeros que navegaba para mi tierra, y si Dios hubiera llenado la medida de mis inicuos deseos, quién sabe si hoy estarian infinitas familias desgraciadas, la mia deshonrada y yo mismo decapitado en un patíbulo.

Siete dias llevábamos de navegacion, y en ellos tenia yo la cabeza llena de mil delirios con mi soñado vireinato. Bandas, bordados, excelencias, obsequios, sumisiones, banquetes, vajillas, paseos, coches, lacayos, libreas y palacios eran los títeres que bailaban sin cesar en mi loco cerebro, y con los que se divertia mi tonta imaginacion.

Tan acalorado estaba con estas simplezas, que aun no ponía la primera piedra á este vano edificio, cuando ya me hallaba revestido de cierta soberbia con la que pretendía cobrar gages de virey sin pasar le un triste Periquillo; y en virtud de esto hablaba poco y muy mesurado con los principales del barco, y menos ó nada con mis iguales, tratando á mis inferiores con un aire de magestad el mas ridículo.

Inmediatamente notaron todos mi repentina mutacion, porque si antes mi habian vista jovial

y carifoso, dentro de cuatro días me veían fastidioso, soberbio é intratable, por lo que unos me ridiculizaban, otros me hacían mil desaires, y todos me aborrecían con razon.

Yo advertía su poco carifío, pero decía á mis solas: ¡qué, con que esta gentusa me desprecie! ¡Para qué los necesita un virey! El día que tome posesion de mi empleo, estos que ahora se retiran de mí, serán los primeros que se pelarán las barbas por adularme. Así continuaba el nuevo Quijote en sus locuras caballerescas, que iban tan en aumento de día en día y de instante en instante, que á no permitir Dios que se revolvieran los vientos, esta fuera la hora en que yo hubiera tomado posesion de una jaula en San Hipólito.

Fué el caso, que al anochechar del día séptimo de nuestra navegacion comenzó á entoldarse el cielo y á oscurecerse el aire con negras y espesas nubes: el nordeste soplabá con fuerza en contra de nuestra direccion: á pocas horas creció la cerrazon, oscureciéndose los horizontes: comenzaron á desgajarse fuertes aguaceros, mezclándose con el agua multitud de rayos que cruzando por la atmósfera aterrorizaban los ojos que los veían.

A las seis horas de esta fatiga se levantó un sudeste furioso: los mares crecian por momentos y hacían unas olas tan grandes, que parecía que cada una de ellas iba á sepultar el navío. Con los fuertes huracanes y repetidos balances no quedó un farol encendido: á tientas procuraban maniobrar los marineros: la terrible luz de los relámpagos servía de atemorizarnos más, pues unos á otros veíamos en nuestros pálidos sem-

blantes pintada la imágen de la muerte, que por momentos esperábamos.

En este estado un golpe de mar rompió el timon: otro el palo del bauprés, y una furiosa sacudida de viento quebró el mastelero del trinqueta. Crugia la madera y las jarcias sin poderse recoger los trapos que ya estaban hechos pedazos, porque no podia la gente detenerse en las vergas.

Como los vientos variaban y careciamos del timon, bogaba el barco sobre las olas por donde aquellos lo llevaban: no valió cerrar los escotillones para impedir que se llenara de agua con los golpes de mar, ni podiamos desaguar lo suficiente con el auxilio de las bombas.

En tan deplorable situacion ya se deja entender cuál sería nuestra consternacion, cuáles nuestros sustos, y cuán repetidos nuestros votos y promesas.

En tan críticas y aprradas circunstancias llegó el fatal momento del sacrificio de las víctimas naveganteas. Como el navío andaba de acá para allá lo mismo que una pelota, en una de estas dió contra un arrecife tan fuerte golpe, que estreñándose en él, se abrió como granada desde la popa al cumbés, haciendo tanta agua que no quedó más esperanza que encomendarse á Dios y repetir actos de contricion.

El capellan absolvió de monton, y todos se conformaron con su suerte á más no poder.

Yo luego que advertí que el barco se hundía, trepé á la cubierta como gato, y la divina Providencia me deparó en ella un tablon del que me

así con todas mis fuerzas, porque habia oido decir que valía mucho una tabla en un naufragio; pero apenas la habia tomado, cuando me vi sobreaguar, y á la luz macilente de un relámpago, vi frente de mis ojos acabarse de ir á pique todo el buque.

Entonces me sobrecoji del más íntimo terror, considerando que todos mis compañeros habian perecido y yo no podia dejar de correr igual infausta suerte.

Sin embargo, el amor de la vida y aquella tenaz esperanza que nos acompaña hasta perderla, alentaron mis desmayadas fuerzas, y afianzado de la tabla, haciendo promesas á millones ó invocando á la madre de Dios bajo la advocacion de Guadalupe, me anduve sosteniendo sobre las aguas, llevado á la discrecion de las olas y de los vientos.

Unas veces el peso de las olas me hundia y otras al aire contenido en los poros de la tabla me hacia surgir sobre la superficie del agua.

Como hora y media batallaria yo entre estas ansias mortales sin ninguna humana esperanza de remedio, cuando disipándose las nubes, sosegándose los mares, y aquietándose los vientos amaneció la aurora, mas hermosa para mí en aquel punto, que lo fué para el monarca mas pacífico del universo. El sol no tardó en manifestar su bella y resplandeciente cara. Yo estaba casi desnudo y veia la extension de los mares; pero acobardado mi espíritu con el pasado infortunio, y temeroso siempre de perder la vida en aquel piélago, no podia ver con entero placer las delicias de la naturaleza.

Aferrado con mi tabla no trataba sino de sobreaguar, temiendo siempre la sorpresa de algun pez carnicero, cuando en esto que oí cerca de mí voces humanas. Alcé la cara, extendí la vista y observé que los que me gritaban eran unos pescadores que bogaban en un bote. Los miré con atencion, y observé que se acercaban hácia mí.

Es imponderable el gusto que sintió mi corazón al ver que aquellos buenos hombres venian volando á mi socorro y mas cuando como abordándose el barquillo con mi tabla extendieron los brazos y me pusieron en su bote.

Ya estaba yo enteramente desnudo y casi privado de sentido. En este estado me pusieron boca abajo y me hicieron arrojar porcion de agua salada que habia tragado. Luego me dieron unas frías generales con paños de lana, y me confortaron con espíritu de cuerno de ciervo que por acaso llevaba uno de ellos, despues de lo cual me abrigaron y condujeron al muelle de una isla que estaba muy cerca de nosotros.

Al tiempo de desembarcarme, volví en mí del desmayo ó pataleta que me acometió, y ví y advertí lo siguiente.

Me pusieron bajo un árbol copado que habia en el muelle, y luego se juntó alrededor de mí porcion de gente entre la que distinguí algunos europeos. Todos me miraban y me hacian mil preguntas de mera curiosidad; pero ninguno se dedicaba á favorecerme. El que mas hizo me dió una pequeña moneda del valor de medio real de nuestra tierra. Los demás me compadecian con la boca y se retiraban diciendo: ¡qué lástima...!

¡Pobrecito. . . ! aun es mozo: y otras palabras vanas como estas, y con tan oportunos socorros se daban por contentos y se marchaban.

Los isleños pobres me veían, se enternecían, no me daban nada, pero no me molestaban con preguntas, ó porque no nos habíamos de entender, ó porque tenían mas prudencia.

Sin embargo de la pobreza de esta gente, uno me llevó una taza de té y un pan, y otro me dió un capisallo roto, que yo agradecí con mil ceremonias, y me lo encajó con mucho gusto porque estaba en cueros y muerto de frio. Tal era el miserable estado del virey futuro en Nueva España, que se contentó con el vestido de un plebeyo sangley, que por tal lo tuve. Bien que entónces ya no pensaba yo en vireynatos, palacios ni libreas, ni arrugaba las cejas para ver, ni economizaba las palabras; antes sí procuraba poner mi semblante de lo mas halagüño con todos, y mas entumido que perro en barrio ajeno, afectaba la mas cariñosa humildad. Que cierto es que muchos nos ensoberbecemos con el dinero, sin el cual tal vez seríamos humanos y tratables.

Tres ó cuatro horas habria que estaba yo bajo la sombra del árbol robusto sin saber á donde irme, ni qué hacer en una tierra que reconocia tan extraña, cuando se llegó á mí un hombre, que me pareció isleño por el traje, y rico por lo costoso de él, porque vestia un ropón ó túnica de raso azul bordado de oro con vueltas de felpa de María,

ligado con una banda de burato *puncó* (1) también bordada de oro, que le caía hasta los piés, que apenas se le descubrían cubiertos con unas sandalias ó zapatos de terciopelo de color de oro. En una mano traía un baston de caña de China con puño de oro, y en la otra una pipa del mismo metal. La cabeza la tenia descubierta y con poco pelo; pero en la coronilla ó mas abajo tenia una porcion recogida como los zorongos de nuestras damas, el cual estaba adornado con una sortija de brillantes y una insignia que por entónces no supe lo que era.

Venían con él cuatro criados que le servían con la mayor sumision, uno de los cuales traía un *payo*, como ellos les dicen, ó un *paragua*, como decimos nosotros, el cual paragua era de raso carmesí con franjas de oro, y tambien venia otro que por su traje me pareció europeo, como en efecto lo era, y nada ménos que el intérprete español.

Luego que se acercó á mí, me miró con una atencion muy patética, que manifestaba de á legua interesarse en mis desgracias, y por medio del intérprete me dijo: «No te acongojes, náufrago infeliz, que los dioses del mar no te han llevado á las islas de las Velas (2) donde hacen esclavos á los que el mar perdona. Ven á mi casa.»

1 Por otro nombre se conocen estas islas por las de los Ladrones.

2 Entre los sederos y tintoreros se llama así el color de pura mas subido ó oscuro de la seda.—E.

Diciendo esto, mandó á sus criados que me llevaran en hombros. Al instante se suscitó un fuerte murmullo entre los espectadores que renació en un sinnúmero de vivas y exclamaciones.

Inmediatamente advertí que aquel era un personaje distinguido, porque todos le hacian muchas reverencias al pasar.

No me engañé en mi concepto, pues luego que llegué á su casa advertí que era un palacio, pero un palacio de la primera gerarquía. Me hizo poner en un cuarto decente: me proveyó de alimentos y vestidos á su uso, pero buenos, y me dejó descansar cuatro dias.

Al cabo de ellos, cuando se informó de que yo estaba enteramente restablecido del quebranto que habia padecido mi salud con el naufragio, entró en mi cuarto con el intérprete, y me dijo: y bien, español, ¿es mejor mi casa que la mar? ¿Te hallas bien aqui? ¿Estás contento? Señor, le dije: es muy notable la diferencia que me proponeis: vuestra casa es un palacio, es el asilo que me ha librado de la indigencia y el más seguro puerto que he hallado despues de mi naufragio: ¿no deberé estar contento en ella y reconocido á vuestra liberalidad y beneficencia?

Desde entonces me trató el isleño con el mayor cariño. Todos los dias me visitaba y me puso maestros que me enseñaran su idioma, el que no tardé en aprender imperfectamente, así como él sabia el español, el inglés y el francés, porque de todos entendia un poco, aunque lo champurraba mucho con el suyo.

Sin embargo, y ohablaba mejor su idioma que

él el mio, porque estaba en su tierra y me era preciso hablar y tratar con sus naturales. Ya se ve, no hay arte más pronto y eficaz para aprender un idioma, que la necesidad de tratar con los que lo hablan naturalmente.

A los dos ó tres meses ya sabia yo lo bastante para entender al isleño sin intérprete, y entonces me dijo que era hermano del tután ó virey de la provincia, cuya capital era aquella isla llamada Sauchefú: que él era su segundo ayudante, y se llamaba Limahoton. A seguida se informó de mi nombre y de la causa de mi navegacion por aquellos mares, como tambien de cuál era mi patria.

Yo le satisfice á todo, y él mostró condolerse de mi suerte, admirándose igualmente de algunas cosas que le conté del reino de Nueva España.

Al dia siguiente á esta conversacion me llevó á conocer á su hermano, á quien saludé con aquellas reverencias y ceremonial en que me habian instruido, y el tal Tután me hizo bastante aprecio; pero con todo su cariño me dijo: ¿y tú qué sabes hacer? Porque aunque en esta provincia se usa la hospitalidad con todos los extranjeros pobres, ó no pobres, que aportan á nuestras playas, sin embargo, con los que tratan de detenerse en nuestras ciudades no somos muy indulgentes, pasado cierto tiempo; sino que nos informamos de sus habilidades y oficios para ocuparlos en lo que saben hacer, ó para aprender de ellos lo que ignoramos. El caso es que aqui nadie come nuestro arroz ni la sabrosa carne de nuestras vacas y peces sin ganarlo con el trabajo de sus manos. De manera, que al que no tiene ningun oficio ó ha-

bilidad, se lo enseñamos, y dentro de uno ó dos años ya se halla en estado de desquitar poco á poco lo que gasta el tesoro del rey en fomentarlo. En esta virtud, dime qué oficio sabes, para que mi hermano te recomiende en un taller donde ganes tu vida.

Sorprendido me quedé con tales avisos porque no sabia hacer cosa de provecho con mis manos, y así le contesté al Tután: Señor, yo soy noble en mi tierra, y por esto no tengo oficio alguno mecánico, porque es bajeza en los caballeros trabajar corporalmente.

Perdió su gravedad el mesurado mandarin al oír mi disculpa, y comenzó á reír á carcajadas, apretándose la barriga y tendiéndose sobre uno y otro cojin de los que tenia á los lados, y cuando se desahogó me dijo: ¡Conque en tu tierra es bajeza trabajar con las manos! ¡Luego cada noble en tu tierra será un Tután ó potentado, y segun eso todos los nobles serán muy ricos! No, señor, le dije: no son príncipes todos los nobles, ni son todos ricos; ántes hay innumerables que son pobrísimos, y tanto que por su pobreza se hallan confundidos con la escoria del pueblo.

Pues entónces, decía el Tután; siendo esos ejemplares repetidos, es menester creer que en tu tierra todos son locos caballerescos; pues mirando todos los días lo poco que vale la nobleza á los pobres, y sabiendo lo fácil que es que el rico llegue á ser pobre y se vea abatido aunque sea noble, tratan de criar á los hijos hechos unos holgazanes, exponiéndolos por esta especie de locura á

que mañana ú otro dia perezcan en las garras de la iniligencia.

Fuera de esto, si en tu tierra los nobles no saben valerse de sus manos para buscar su alimento, tampoco sabrán valer á los demás, y entónces dime: ¿de qué sirve en tu tierra un noble ó rico (que me parece que tú los juzgas iguales)? ¿De qué sirve uno de estos, digo, al resto de sus ciudadanos? Seguramente un rico ó un noble será una carga pesadísima á la República.

No, señor, le respondí; á los nobles y á los ricos los dirigen sus padres por las dos carreras ilustres que hay, que son las armas y las letras, y en cualquiera de ellas son utilísimas á la sociedad.

Muy bien me parece, dijo el virey. ¡Conque á las armas ó á las letras está aislada toda la utilidad por venir de tus nobles? Yo repitiendo esas frases. Dime, ¿qué oficios son las armas y las letras?

Señor, le contesté, no son oficios sino profesiones, y si tuvieran el nombre de oficios, serian viles y nadie querría dedicarse á ellas. La carrera de las armas es aquella donde los jóvenes ilustres se dedican á aprender el arte de la guerra con el auxilio del estudio de las matemáticas, que les enseña á levantar planos de fortificación, á minar una fortaleza, á dirigir simétricamente los escuadrones, á bombear una ciudad, á disponer un combate naval, y á cosas semejantes, con cuya ciencia se hacen los nobles aptos para ser buenos generales, y ser útiles á su patria, defendiéndola de las incursiones de los enemigos.

Esa ciencia es noble en sí misma y demasiado útil á los ciudadanos, dijo el chino, porque el deseo de la conservacion individual de cada uno exige apreciar á los que se dedican á defenderlos. Muy noble y estimable carrera es la del soldado; pero dime: ¿por qué en tu tierra son tan exquisitos los soldados? ¿Qué, no son soldados todos los ciudadanos? Porque aquí no hay uno que no lo sea. Tú mismo, mientras vivas en nuestra compañía, serás soldado y estarás obligado á tomar las armas con todos, en caso de verse acometida la isla por enemigos.

Señor, le dije, en mi tierra no es así. Hay porciones de hombres destinados al servicio de las armas, pagados por el rey, que llaman ejércitos ó regimientos; y esta clase de gentes tiene obligacion de presentarse sola delante de los enemigos, sin exigir de los demás, que llaman paisanage, otra cosa que contribuciones de dinero para sostenerse, y esto no siempre, sino en los graves apuros.

Terrible cosa son los usos de tu tierra, dijo el Tután: ¡pobre rey! ¡pobres soldados, y pobres ciudadanos! ¡Qué gasto tendrá el rey! ¡qué expuestos se verán los soldados, y qué mal defendidos los ciudadanos por unos brazos alquilados! ¡No fuera mejor que en caso de guerra todos los intereses y personas se reunieran bajo un único punto de defensa! ¡Con cuánto más empeño pelearian en este caso, y qué temor impondria al enemigo esta union general! Un millon de hombres que un rey ponga en campaña á costa de mil trabajos y subsidios, no equivale á la quinta

parte de la fuerza que opondria una nacion compuesta de cinco millones de hombres útiles de que se compusiera la misma nacion. En este caso habria más número de soldados, más valor, más resolucion, más union, más interés y menos gasto. A lo ménos así lo practicamos nosotros, y somos invencibles para los tártaros, persas, africanos y europeos.

Pero todo esta es conversacion. Yo no entiendo la política de tu rey, ni de los demás de Europa, y mucho menos tengo noticia del carácter de sus naciones; y pues ellos que son los primeros interesados, así lo disponen, razon tendrán; aunque siempre me admiraré de este sistema.

Más supuesto que tú eres noble, dime, ¿eres soldado? No señor, le dije, mi carrera la hice por las letras. Bien, dijo el asiático: ¿y qué has aprendido por las letras ó las ciencias, que eso querrás decir?

Yo pensando que aquel era un tonto, segun habia oido decir que lo eran todos los que no hablaban castellano, le respondí que era teólogo. ¿Y qué es teólogo? Dijo el Tután. Señor, le respondí, es aquel hombre que hace estudio de la ciencia divina, ó que pertenece á Dios. ¡Ola! dijo el Tután: este hombre deberá ser eternamente adorable. ¡Conque tu conoces la esencia de tu Dios á lo ménos? ¿Sabes cuáles son sus atributos y perfecciones, y tienes talento y poder para descorrer el velo á sus arcanos? Desde este instante serás para mí el mortal más digno de reverencia. Siéntate á mi lado, y dignate de ser mi consejero.

Me sorprendí otra vez con semejante ironía; y le dije: Señor, los teólogos de mi tierra no saben quién es Dios ni son capaces de comprenderle; mucho ménos de tantear el fondo infinito de sus atributos, ni de descubrir sus arcanos. Son unos hombres que explican mejor que otros las propiedades de la Deidad y los misterios de la religion.

Es decir, contestó el chino, que en tu tierra se llaman teólogos los santones, sábios ó sacerdotes que en la nuestra tienen noticias más profundas de la esencia de nuestros dioses, de nuestra religion ó de sus dogmas; pero por saber solo esto y enseñarlo no dejan de ser útiles á los demás con el trabajo de sus manos; y así á tí nada te servirá de ser teólogo de tu tierra.

Viéndome yo tan atacado, y procurando salir de mi ataque á fuerza de mentiras, creyendo simplemente que el que me hablaba era un necio como yo, le dije que era médico. ¡Oh! dijo el vi-rey, esa es gran ciencia, si tú no quieres que la llame oficio. ¡Médico! ¡buena cosa! Un hombre que alarga la vida de los otros y los arranca de las manos del dolor, es un tesoro en donde vive. Aquí están los cajones del rey abiertos para los buenos médicos inventores de algunos específicos que no han conocido los antiguos. Esta no es ciencia en nuestra tierra, sino un oficio liberal, y al que no se dedican sino hombres muy sábios y experimentados. Tal vez tú serás uno de ellos y tendrás tu fortuna en tu habilidad; pero la veremos.

Diciendo esto, mandó traer una yerba de la maceta número diez de su jardin. Trajéronla; y

poniéndomela en la mano, me dijo el Tutan: ¡Contra qué enfermedad es esta yerba? Quedeme embarazado con la pregunta, pues entendia tanto de botánica, como de cometas cuando desastiné sobre éstos en Tlalnepantla; pero acordándome de mi necio orgullo, tomé la yerba, la ví, la oí, la probé, y lleno de satisfaccion dije: Esta yerba se parece á una que hay en mi tierra que se llama «parietaria» ó «tianguispetla», no me acuerdo bien de ellas, pero ambas son febrifugas.

¡Y qué son febrifugas? preguntó el Tutan, á quien respondí, que tenían especial virtud contra la fiebre ó calentura.

Pues me parece, dijo el Tutan, que tú eres tan médico, como teólogo ó soldado; porque esta yerba tan léjos está de ser remedio contra la calentura, que antes es propísima para acarrearla, de suerte que tomadas cinco ó seis hojitas en infusion de medio cuartillo de agua, encienden terriblemente en calentura al que las toma.

Descubierta tan vergonzosamente mi ignorancia, no tuve mas escape que decir: Señor, los médicos de mi tierra no tienen obligacion de conocer los caracteres particulares de las yerbas, ni de saber deducir las virtudes de cada una por principios generales. Bástales tener en la memoria los nombres de quinientas ó seiscientas, con la noticia de las virtudes que les atribuyen los autores, para hacer uso de de esta tradicion á la cabecera de los enfermos, lo que se consigue fácilmente con el auxilio de las farmacopeas.

Pues á tí no te será tan fácil, dijo el mandarin persuadirme á que los médicos de tu tierra son

tan generalmente ignorantes en materia del conocimiento de las yerbas, como dices. De los médicos como tú, no lo negaré; pero los que merezcan este nombre, sin duda no estarán enterrados en tan grosera estupidez, que á más de deshonorar su profesion, seria causa de infinitos desastres en la sociedad.

Eso no os haga fuerza, señor, le dije, porque en mi tierra la ciencia ménos protegida es la medicina. Hay colegios donde se dan lecciones del idioma latino, de filosofia, teología y ámbos derechos; los hay donde se enseña mucho y bueno de química y física experimental, de mineralogía ò del arte de conocer las piedras que tienen plata, y de otras cosas; pero en ninguna parte se enseña medicina. Es verdad que hay tres cátedras en la Universidad, una de *prima*, otra de *visperas*, y la tercera de *methodo medendi*, donde se enseña alguna cosita; pero esto es un corto rato por las mañanas, y eso no todas las mañanas; porque ó más de los juéves y dias de fiesta, hay muchos dias privilegiados que dan de asueto á los estudiantes, los que por lo regular, como jóvenes, están más gustosos con el paseo que con el estudio.

Por esta razon, entre otras, no son en mi tierra comunes los médicos verdaderamente tales, y si hay algunos que llegan á adquirir este nombre, es á costa de mucha aplicacion y desvelos, y acrimándose á este ó aquel hábil profesor para aprovecharse de sus luces.

Agregad á esto, que en mi tierra se parten los médicos ó se divide la medicina en muchos ramos

Los que curan las enfermedades exteriores, como úlceras, fracturas ó heridas, se llaman «cirujanos y éstos no pueden curar otras enfermedades sin incurrir en el enojo de los médicos, ó sin grangearse su disimulo. Los que curan las enfermedades como fiebres, pleuresias, anasarcas, etc., se llaman «médicos;» son mas estimados porque obran mas á tientas que los cirujanos, y se premia su saber con títulos honoríficos literarios, como de bachilleres y doctores.

Ambas clases de médicos exteriores é interiores tienen sus auxiliares que sangran, pienen y curan cáusticos, echan ventosas, aplican sanguijuelas, y hacen otras cosas que no son para tomadas en boca, y estos se llaman «barberos y sangradores.»

Otros hay que confeccionan y despachan los remedios, los que de poco tiempo á esta parte están bien instruidos en la química y en la botánica, que es la que llamais ciencia de las yerbas. Estos sí, conocen y distinguen los *savos* de las plantas, y hablan fácilmente de *cálices*, *estambres* y *pistilos*, gloriándose de saber genéricamente sus propiedades y virtudes. Estos se llaman *boticarios*, y son de los auxiliares de los médicos.

Atendriame yo á ellos, dijo el Tután, pues á lo menos se aplican á consultar á la naturaleza en una parte tan necesaria á la medicina, como el conocimiento de las clases y virtudes de las yerbas. En efecto, en tu tierra habrá boticarios que curarán con más acierto que muchos médicos.

Cuanto me has dicho me ha admirado, porque veo la diferencia que hay entre los usos de una

nacion y los de otra. En la mia no se llama médico, ni ejercita este oficio sino el que conoce bien á fondo la estructura del cuerpo humano, las causas porque padece, y el modo con que deben obrar los remedios que ordena; y á más de esto, no se parten como dices que se parten en tu tierra. Aquí el que cura es médico, cirujano, barbero, boticario y asistente. Fiado el enfermo á su cuidado, él lo ha de curar de la enfermedad de que se queja, sea externa ó interna: ha de ordenar los remedios, los ha de hacer, los ha de administrar, y ha de practicar cuantas diligencias considere oportunas á su alivio. Si el enfermo sana, le pagan, y si no, lo echan noramala; pero en cada nacion hay sus usos. Lo ciertó es que tú no eres médico, ni aún puedes servir para aprendiz de los de acá; y así dí qué otra cosa sabes con que puedas ganar la vida.

Aturdido yo con los aprietos en que me ponía el chino á cada paso, le dije: que tal vez sería útil para la abogacia. ¡Abogacia! Dijo él, ¿qué cosa es? ¡Es el arte de bogar en los barcos! No señor, le dije: la abogacia es aquella ciencia á que se dedican muchos hombres para instruirse en las leyes nacionales, y exponer el derecho de sus clientes ante los jueces.

Al oír esto, reclinóse el Tután sobre la mesa poniéndose la mano en los ojos, y guardando silencio un largo rato, al cabo del cual levantó la cabeza, y me dijo: con que en tu tierra se llaman abogados aquellos hombres que aprenden las leyes del reino para defender con ellas á los que los

ocupan aclarando sus derechos delante de los Tutanes ó magistrados?

Eso es, señor, y no más. ¡Válgame Tien! Dijo el chino. ¡Es posible que en tu tierra son tan ignorantes que no saben cuáles son sus derechos, ni las leyes que los condenan ó favorecen? No me debían tan bajo concepto los europeos.

Señor, le dije, no es fácil que todos se impongan en las leyes, por ser muchas, ni mucho ménos en sus interpretaciones, las que sólo pueden hacer los abogados porque tienen licencia para ello, y por eso se llaman *licenciados*. . . ¡Cómo, cómo es eso de interpretaciones! dijo el asiático: ¿pues qué, las leyes no se entienden segun la letra del legislador? ¡Aun están sujetas al genio sofisticado del intérpret! Si es así, lástima tengo á tus connaturales, y abomino el saber de sus abogados.

Pero sea de esto lo que fuere, si tú no sabes mas de lo que me has dicho, nada sabes; eres un inútil, y es fuerza hacerte útil porque no vives ocioso en mi patria. Limahoton: pon á este extranjero á que aprenda á cardar seda, á teñirla, á hilarla y á bordar con ella: y cuando me entregue un tapiz de su mano, yo le acomodaré de modo que sea rico. En fin, enséñale algo que le sirva para subsistir en su tierra y en la ajena.

Diciendo esto se retiró, y yo me fui bien avergonzado con mi protector, pensando como aprendería al cabo de la vejez algun oficio en una tierra que no consentia inútiles ni vagos Periquillos.